

Capítulo 13 - Iluminaciones pálidas

- Capítulo 13 - Iluminaciones pálidas

Capítulo 13 - Iluminaciones pálidas

Lady Ferranda Villazur, completamente despierta y visiblemente molesta por la invasión de ratas en su campamento, le apuntó con su pistola.

Aunque debía ser una tiradora competente, Tristan estaba más preocupado por Sanale, que cuidadosamente apuntaba su mosquete de cañón largo. Malani tenía fama de ser un excelente tirador, y lo mismo ocurría con los cazadores: un hombre que dominaba ambas habilidades no era alguien con quien jugar. Presionando más su cuchillo contra la garganta de Lan, la obligó a mantenerse entre él y las amenazas.

“Bocas abajo,” ordenó Tristan, “o le corto la garganta.”

Ferranda, que parecía más cómoda en suela de caza que en la Bluebell, se rió en su rostro.

“Adelante,” dijo el infanzón. “Ella no es una de las nuestras.”

“Qué mala suerte,” admitió Tristan.

“¿Verdad?” se quejó Lan. “Y aquí pensaba que estábamos llevando bien la relación.”

El gemelo superviviente ni siquiera había luchado contra su sujeción, y parecía no estar demasiado preocupado por ser su rehén.

“Esto no tiene por qué volverse violento,” llamó Sarai. “No hemos venido aquí para pelear.”

Aprobó con la mirada que ella todavía se movía para poner a Lan entre ella y las posibles balas.

“Aléjate,” replicó Sanale, “y no habrá pelea.”

El alto Malani no se había movido ni un centímetro desde que apoyó su mosquete, apenas parpadeando, pero Tristan no podía permitirse quitarle los ojos de encima: Ferranda empezaba a desplazarse lentamente hacia la izquierda, buscando un mejor ángulo para disparar.

“No podemos hacer eso,” dijo Tristan.

Dio medio paso atrás, moviéndose para mantener a Lan entre Ferranda y Sanale, y la infanzona dejó de intentar flanquearlo. Por ahora.

“Como parte neutral y ajena a la disputa,” opinó Lan, “creo que deberíamos buscar una resolución pacífica.”

Su propuesta fue ignorada unánimamente.

“Encontramos este lugar primero,” le dijo Ferranda. “Por derecho, nos pertenece a nosotros.”

“El templo de arriba no es apto para dormir,” replicó Tristan. “El olor es insoportable y no tiene puerta que impida la entrada de criaturas — si la elección está entre tú y cocodrilos en mi saco de dormir, prefiero arriesgarme aquí.”

Eso también era cierto. Tal vez sería mejor fingir una retirada inicial para poder regresar más adelante con más fuerza, pero el ladrón no arriesgaría dormir arriba. Ferranda vaciló, lo que no favorecía mucho a su rostro robusto: parecía estar mordiendo una ramita. Después compartió una mirada prolongada con su mano de confianza, que finalmente asentó.

“Seguimos teniendo prioridad,” dijo Ferranda. “Si quieres usar este lugar, tu grupo deberá pagar en suministros.”

Grupo, expresó, lo que significaba que sabía que no solo se trataba de él y Sarai. Tristan se permitió unos instantes para lanzar una mirada irónica a Lan, quien con una expresión risueña de inocencia, no tardó en traicionarlos a todos vendiendo información.

“Incluso les di mi mejor estimación de tu contrato sin cobrarles,” susurró con una sonrisa. “Porque, jódete, Tristan. ¿Pensaste que dejaría que me amenazases sin pagar el precio?”

“Eso es justo,” concedió el ladrón.

No se ofendía por la transacción en términos morales, solo le molestaba la incomodidad que le ocasionaba.

“¿Hay acuerdo, Tristan?” presionó Ferranda Villazur.

Seguía dudando cuando Sarai le pasó al lado, entrando completamente en la luz del fuego y colocando exageradamente su cuchillo de vuelta.

“En principio estamos de acuerdo,” dijo. “Ahora, hablemos de los detalles.”

El rostro de Ferranda se tensó al ver su piel pálida y Sanale movió su hocico para apuntar hacia ella, sin siquiera darse cuenta; pero cuando Tristan liberó a Lan, que seguía sonriendo, la tensión se disipó.

—La escuchaste—dijo Tristan—.Negociemos.

--

Una ración de víveres por cabeza, cortada a la mitad para todos los que harían guardia, lo cual, en la práctica, éramos todos. Eso era lo que pagarían. Sarai también logró que las dos aceptaran que su compañía podía recuperar parte de la tarifa haciendo tareas: cuidar del fuego, cocinar, remendar y lavar la ropa. Había cierto descontento entre el grupo ante la perspectiva de hacerse sirvientes de las parejas, cuando en número eran más, pero el agotamiento no permitió que nadie rechazara los términos. Algunos podrían haber aceptado cortar un dedo por una buena noche de sueño en un lugar seguro.

El santuario en sí era demasiado pequeño para acomodarlos a todos—contando a Ferranda y al cazador, ahora éramos diez—por lo que la mayoría terminó extendiendo su colchoneta justo afuera. Comenzó una ronda de presentaciones, pero fue interrumpida a mitad cuando salió a relucir que Lan también estaba allí, y pocos quedaron complacidos con esa noticia. Cuando las tensiones disminuyeron, nadie tenía ánimo para conversar, así que simplemente se durmieron.

Fue con mucho alivio que Tristan despertó esa tarde, mientras la mayoría todavía dormía. Yong estaba sentado junto al fuego con Sanale, los dos hombres hablando en susurros y gesticulando, y no muy lejos de ellos, Vanesa pelaba lenta y cuidadosamente plumas de un ave recién cazada. Había otras dos esperando. El ladrón observó el cuidadoso modo en que ella se movía, dándose cuenta de que intentaba aprender a compensar la pérdida de su ojo. Con todos los demás dormidos—excepto Lan y Ferranda, que no estaban—decidió que también podía ayudarla. La conversación entre los otros parecía demasiado involucrada para que él interfiriera.

Sin decir palabra, tomó otra ave, algo gris con plumas, del tamaño de un pato, y empezó a pelarla. Incluso sin un ojo, Vanesa avanzaba más rápido que él, lo que le sacó una sonrisa.

—Práctica—le excusó.

Luego, se ajustó las gafas en el rostro. Ella siempre jugaba con ellas desde que aquel pájaro de la tumba había destrozado vidrio y cables para alcanzarle el ojo. La montura estaba doblada y apretaba el costado de su cabeza, pero era eso o no ver casi nada.

—No como mucho de aves—concedió Tristan.

El cerdo era más barato. Se podía alimentar a un cerdo con casi cualquier cosa, y era mucho más difícil de robar que las gallinas—había una razón por la que eran la carne principal en el Manto.

—Son una de las pocas cosas que puedo cocinar—sonrió Vanesa—. Mi madre desesperaba porque evitaba la cocina, pero al menos aprendí su receta de salsa de almendra antes de que ella falleciera.

—Trabajaste en eso—dijo el ladrón.

—Soy relojería—respondió la anciana, luego gimió y buscó la tela que cubría su ojo perdido.—O eso creía. No estoy segura de poder hacer trabajos de precisión ya.

Ah—pensó Tristan—. Y así se resolvió el misterio de cómo había podido costear su reloj de bolsillo y sus gafas. No solo la relojería era un oficio lucrativo, sino que ella trabajaba con relojes y lentes. Un

zapatero nunca anda descalzo. Eso no explicaba qué hacía una mujer de su edad y medios en el Dominio, pero aquel misterio se iba despejando, poco a poco. El ladrón decidió dejar el asunto y aceptar que, por ahora, obtener esa historia era más una curiosidad que una necesidad, pero Vanesa sorprendió.

—Debes estar preguntándote cómo terminé aquí —dijo la anciana con conocimiento—.

—La pregunta ha cruzado mi mente —admitió Tristan—.

—Eres un chico tan cortés —se rió Vanesa, sacudiendo la cabeza—. No es un gran secreto, no me molesta decírtelo.

Ella tomó otra pluma, dejándola caer para que revolotease.

—Mi hijo está endeudado con los Menor Mano —dijo Vanesa—. Nunca habría logrado salir de esa situación, así que decidieron enviarlo aquí como pago. Solo que su pierna quedó gravemente herida, Tristan, y seguramente moriría.

El ladrón hizo una mueca. Era una historia terrible y ya podía imaginar cómo terminaría.

—Me ofrecí a ir en su lugar —dijo la anciana—. Mi esposo se ha ido y ya no encuentro alegría en las cosas que solía hacer. Es mejor salvar a mi único hijo que pasar mis últimos años marchitándome.

Él le dedicó una sonrisa triste, sin saber qué decir. ¿Se merecía tal sacrificio alabanzas? Tristan no estaba completamente convencido. Era un acto de amor, pero el hombre salvado no parecía merecerlo. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que él desperdiciara el sacrificio de su madre?

—Eres muy amable, escuchándome divagar así —dijo Vanesa, palmándole el brazo—. Haciendo tanto por mantenernos con vida cuando algunos de nosotros apenas ayudamos.

Suspiró cansada, apoyándose hacia atrás.

—No dejes que las pruebas te apaguen —susurró con sueño—.

Y Tristan sintió una punzada de vergüenza, porque en realidad no había sido amable en absoluto. Incluso mientras ella hablaba, una parte de él estaba más interesada en resolver el acertijo que en la mujer. La misma parte que había notado que los Menor Mano habían enviado en dos ocasiones este año a dos almas —Ocotlán, esa gran ciudad de Aztlán, había sido un verdugo para ellos— y se preguntaba si había algo en ello que pudiera aprovechar.

Plumaron el resto de los pájaros en silencio, y cuando se marchó sintió un leve deseo de huir.

—

Al atardecer, todos estaban despiertos y la cueva se había convertido en un bullicioso refugio.

Las linternas estaban completamente encendidas y todos estaban ocupados: lavando y reparando ropas, atendiendo heridas, y negociando por la carne fresca y el uso del fuego para cocinar. Su refugio se había transformado en una pequeña aldea, alegre ahora que todos estaban descansados y alimentados, aunque Tristan sabía que eso no duraría. Ya Felis se mostraba hostil, aunque nunca cuando Yong y Sanale estaban cerca, y Lan había conseguido, de alguna forma, volver a charlar con Vanesa. Tristan lavó y reparó su ropa, dejando que se secase mientras se vestía con apenas una camisa y ropa interior.

Las corrientes eran evidentes. Aines estaba furiosa con su esposo por las miradas que le lanzaba a Lan, quien seguramente entregaría alguna moneda al final del día para volver a controlar al hombre. Vanesa estaba demasiado agotada y ensangrentada para hacer mucho, y cada vez que Francho no tosía en un rincón, contemplaba las tallas en la entrada del santuario izquierdo —lo que molestaba a Felis, cuyo saco de dormir estaba cerca—. Ferranda había comenzado a conversar con la sorprendida Sarai, quien pronto se encariñó con ella. Como a Tristan le hubiese gustado escuchar esa conversación en secreto, tenía otras cosas en qué pensar.

Debían atravesar el bosque y el puente para llegar a la Prueba de las Ruinas, y los obstáculos en su camino eran mayores de lo que había previsto. Su apuesta con las bandas de ojos rojos, que estaban distribuidas entre los puentes y podrían ser engañadas así, parecía haber dado sus frutos. Lo que no consideró fue la bestia heliodorana, y eso complicó mucho todo. Podía adivinar a los hombres, pero no a las bestias. No podía asegurarse cuándo decidiría la criatura alejarse, qué la mantenía allí en primer lugar, y cómo reaccionarían los cultistas ante su presencia.

Aún estaban por aquí; Sanale había visto a sus bandas de guerreros buscar en la hierba alta cuando salió a cazar, pero los malaní solo podían comunicar con los alrededores del templo. De manera prudente, no se había aventurado más allá. Mientras tanto, el puente se encontraba en el bosque, más al norte. ¿Había allí también cultistas, o la bestia heliodorana los había ahuyentado a todos? ¿Las bandas de guerreros en la hierba se dirigirían inmediatamente al puente cuando el lemure se fuera, o ya estaban desplazándose al oeste hacia el otro puente? Eran demasiadas preguntas sin respuestas.

En lugar de rendirse ante la frustración, siguió las enseñanzas de la Abuela y se concentró en las incógnitas a las que podía encontrar respuesta. No podía arreglar su botiquín con las herramientas disponibles, pero el ladrón empezó a inventariar lo que aún era útil y a repararlo lo suficiente para que no se derramara todo. Tristan ya había inspeccionado algunas cosas durante el cuidado de las heridas, pero una revisión más detallada ofrecía respuestas sombrías. La mayor parte de lo que le quedaba eran venenos, guardados en lo más profundo: arsénico blanco, antimonio, mandrágora y tejo volciano. El extracto de piedra de imán seguía allí, igual que los extractos de gato barbudo. Ninguno era mortal: el gato barbudo, un hongo cuyo extracto provocaba ataques violentos de locura en quienes lo consumían.

A estos, solo podía sumar alcohol destilado y el trementina médica que había estado usando para tratar sus quemaduras.

Con estos recursos, solo podría conseguir poco. Colocar toda su reserva de tejo volciano en un cadáver tal vez molestaría a una bestia del tamaño del airavatan si se lo comía, ya que la sustancia

era un veneno pensado para lemures y lares, pero no sería mortal para ella. Ninguno de sus otros venenos tendría mucho efecto; no estaba seguro de si el extracto de piedra de imán tendría alguna influencia, ya que no recordaba haber visto una nariz en el lemure, y la criatura ya estaba enloqueciendo por la sangre, por lo que el extracto de gato barbudo parecía tener poca utilidad. No podía gastar ni en alcohol ni en trementina.

—Estás haciendo pucheros —bromeó Fortuna.

Tanta actividad en un espacio tan reducido afortunadamente había hecho que no necesitara más entretenimiento. Ser demasiado curiosa solía llenar sus días rápidamente, dondequiera que estuvieran.

—Estoy escasa de herramientas —murmuró Tristan en respuesta.

Y, reflexionando mal esto, comprendió mientras sus ojos se dirigían a los demás en la caverna. No necesitaba atraer directamente a la bestia heliodorana cuando podía confiar en que alguien más lo hiciera. Administrar a Ferranda Villazur extracto de piedra de imán justo antes de separarse era su mejor opción: acabar con otros lemures cuya olor atraerían, pero seguramente sería suficiente para atraer a la criatura más grande. Mientras tanto, su propio grupo podría correr hacia el puente y arriesgarse a que los cultistas aún no lo hubieran tomado de nuevo. El problema, pensó, era que Lan tal vez ya había revelado que había utilizado esa misma estrategia con los infanzones. Si los observaban y se daban cuenta, la reacción podría acabar con él.

Necesitaba hablar con Lan.

—Y no estar atento —dijo Fortuna—. Sarai lleva medio hora susurrando con ese noble en un rincón.

Y eso, pensó Tristan, podía ser un problema. Cuando giró para mirar a ambos, vio que Sarai se levantaba. Su mirada recorrió la cavidad, se detuvo en él, y su estómago se contrajo. Ya vislumbraba hacia dónde iba esto. Su compañera no perdió tiempo, dedicándole solo una mirada divertida por cómo estaba arrodillado en ropa interior.

—Deberíamos hablar —le dijo Sarai—. Y Yong también.

Tristán asintió, indicando que quería vestirse primero para ganar tiempo. Yong había entablado una amistad rápida con Sanale, lo cual era bueno para ellos pero menos para Tristan. Podía imaginarse por qué lado se inclinaría el Tianxi en la próxima conversación. Los cinco se apiñaron alrededor de la pequeña fogata, ya que los demás les habían cedido el privilegio del santuario —la astuta oferta de Lan de cuidar las llamas fue cortésmente rechazada— al menos por un rato.

—He estado hablando con Sarai —dijo Lady Ferranda—, y parece que ambos grupos planean dirigirse al puente oriental.

Sus planes no eran precisamente secretos, y aunque lo hubieran sido, Lan ya los habría vendido. Tristan había anticipado que Ferranda Villazur se enteraría, eso no le sorprendía. Lo que no esperaba era que una infanzona se dignara a hablar con un extranjero de piel pálida, logrando enganchar a una de las tres personas necesarias para convencer a fin de que sus grupos se

unieran.

—Sería sensato intentar cruzar juntos —dijo Sarai—. Entre los cultistas y la bestia heliodora, necesitamos toda la ayuda posible.

Sanale sostuvo la mirada de su empleador por un momento, luego se giró y encogió los hombros en señal de acuerdo. Una mirada al rostro de Yong le indicó a Tristan que el Tianxi estaba a punto de aceptar.

—Eso quizás no sea prudente —intervino antes de que Yong pudiera hablar—. Una gran multitud hará ruido y atraerá atención.

—No creo —dijo Ferranda con ironía— que seamos nosotros dos los que hagamos esa bulla.

Sí, pensó Tristan, pero si tú vienes con nosotros no puedo usarte como distracción. Su argumento era débil y lo sabía, así que cambió el tema en su lugar.

—Es cierto que ustedes dos tendrían mejor oportunidad de atravesar en silencio —dijo el ladrón—. Lo que me hace preguntarme qué ganan al unirse a nosotros.

Si no podía defenderse, era mejor que hiciera que el enemigo lo hiciera en su lugar. El cazador malani lo miró fijamente, con su abrigo cubierto de cuentas abierto en el frente.

—Garras y polvora —respondió Sanale sin rodeos.

El ladrón casi frunció el ceño. Había perdido esa batalla en un solo intercambio. La finura solo llega hasta cierto punto contra la franca sinceridad.

—Sarai tiene razón, Tristan —intervino Yong—. Necesitamos ayuda: quiero dos más con espadas si nos topamos con un bando de guerra.

Y con Yong finalmente alineándose con la alianza, todo quedó decidido. Tristan no dirigía su compañía, y aunque era una de sus figuras principales, las otras dos también. Si ellas estaban de acuerdo, poco podía hacer más que abandonar. Seguir luchando solo disminuiría su autoridad ante los demás, así que lo mejor era capitular y seguir adelante. Al menos así podía intentar obtener información de aquella situación.

—Entonces, está decidido —dijo el ladrón encogiéndose de hombros—. Unidos para cruzar el puente.

Sarai asintió, satisfecha, y Yong sólo miró con desconcierto porque no había aceptado desde el principio. Era cierto que, en la apariencia, la alianza representaba un beneficio mutuo: su grupo tenía números, pero les faltaban combatientes. Mientras tanto, la pareja contaba con luchadores, pero necesitaba más personas, lo suficiente para no ser superados por los hollows si fueran atrapados por un bando de guerra. Todo parecía demasiado conveniente, un signo evidente de que la historia aún estaba en sus comienzos. Tristan no dudó ni por un instante que Ferranda Villazur los sacrificaría en el momento que le otorgara alguna ventaja, pero eso estaba bien.

Él solo debía hacerlo con ella primero.

—“En espíritu de amistad,” dijo Sarai, “la señora Ferranda ha accedido a compartir información sobre el estado de las pruebas con nosotros.”

¡Ah, pensó Tristan! Entonces eso era lo que ella había negociado cuando susurraba con la infanzona en un rincón.

—“Encontramos a la compañía de la señora Inyoni antes de que cruzaran el puente occidental,” les contó Ferranda. “Habían recibido heridas y perdieron a uno de sus miembros.”

Eso fue una sorpresa. Inyoni había sido una vieja y corpulenta asesina, una veterana, y el resto de su tripulación bien armada. Otros dos Malani de cuna adinerada, un par de Ramayans que habían demostrado ser hábiles, y aquella mujer azteca tan insípida componían una tripulación impresionante, quizás la mejor fuerza de combate surgida entre los que fueron traídos por la Bluebell. Que esto pudiera ser puesto en duda se explicaba con dos palabras: Angharad Tredegar.

—“Lemures?” preguntó Tristan.

—“Cultistas,” respondió solemnemente la infanzona, sacudiendo la cabeza, “pero no actuaron solos. Tupoc Xical y sus tres cómplices estaban con ellos.”

Le siguieron unas muecas de asco. La predicción de Lan de que Tupoc pretendía cazarlos resultaba ser una noticia sombría.

—“Su grupo bajó por el camino directo,” finalmente dijo Yong. “Seguramente fue lo más fácil de encontrar.”

La noble rubia negó con la cabeza.

—“Esa también fue mi idea, pero la señora Inyoni no es tonta: tomaron un desvío hacia el oeste para despistar a los perseguidores,” explicó Ferranda. “Fue en su retorno al camino cuando fueron atacados.”

Tristan frunció el ceño.

—“Entonces, ¿cómo los cultistas lograron encontrarlos?” preguntó.

Podría haber sido terreno abierto por donde Inyoni había transitado, pero aunque las oscuridades podían ver mejor en la oscuridad — y algunos colores solo eran conocidos por su raza — su visión no era perfecta. Un pequeño grupo que tomara una ruta indirecta no habría sido fácil de localizar.

—“Un contrato de rastreo,” dijo Sanale.

¿Había en la voz del cazador una pizca de desdén? Tal vez orgullo profesional de un rastreador.

—“Pertenece a Lady Acanthe Phos, la muchacha con manchas de Asphodel,” continuó Ferranda. “El sobrino de la señora Inyoni supo de esto a través de su propio contrato, pero con la ayuda de Lan creo que hemos entendido cómo funciona el contrato de ella.”

Tristan ya poseía la misma información que ellos, y descubrió que no era mucho lo que tenían que deducir.

—“Hueso y ceniza,” dijo. “¿Quizá restos humanos? Acanthe puede rastrearlos una vez que los toque, o algo muy cercano a eso.”

Ferranda asintió.

—“Supongo que intentaron dejar ceniza en todos los grupos,” afirmó. “Me sorprende que el tuyo no fuera atacado.”

Él también se sorprendió, ya que el suyo era el más vulnerable con diferencia. Tupoc no habría podido golpearlos de inmediato; primero tendría que encontrar la secta del Ojo Rojo y cerrar su trato, pero una vez que lo hiciera, ellos serían su blanco natural. Su tripulación había estado detrás de la de Inyoni, que fue la primera en partir, y tenían muchos en número pero pocos combatientes. Comida perfecta para el sacrificio. Entonces, ¿por qué Tupoc no había centrado sus esfuerzos en ellos? Quizá no había podido.

Casi ninguno de ellos había estado cerca de Acanthe Phos, observó Tristan, intentando recordar sus primeros días en las pruebas. Y casi todos llevaban una sola bolsa y un amarrador, resultaba más difícil esconder un hueso allí que en las bolsas de grupos mayores. Y en cuanto a la ceniza...

Entonces se le ocurrió a Tristan que había pasado tiempo caminando junto a Acanthe Phos y que ella incluso había tomado su brazo alguna vez. Había algún tipo de polvo en la parte trasera de mi manga, recordó de repente. Vanesa había pensado que era polvo y hollín cuando limpió su abrigo, pero la iluminación era pobre. Podría haber sido ceniza. Sin embargo, la mujer mayor había eliminado eso de su brazo con bastante efectividad, y con un escalofrío, el ladrón comprendió que el pequeño acto maternal de Vanesa quizás había salvado todas sus vidas.

“Debemos,” forzó a decir, “haber tenido suerte.”

La ceja de Ferranda se levantó.

“Entonces, los Manes estaban contigo.”

No le apetecía prolongar la conversación sobre cuán cerca habían estado de morir, así que Tristan aclaró su garganta.

“¿A quién perdió la tripulación de Inyoni, si me permites preguntar?” preguntó.

“Al amante de su sobrino, la chica llamada Ayanda,” dijo la infanzona. “Él quedó muy angustiado por la pérdida.”

Que los dos más jóvenes Malani habían sido amantes no era algo que él supiera, pero tampoco le sorprendía. Claramente ella no era pariente de ellos, y sólo podía ser otra cosa.

“Menos mal que sólo uno murió,” dijo Tristan.

Allí Ferranda frunció el ceño.

“No podemos asegurar que ella esté muerta,” dijo la blonde, “la señora Inyoni afirmó que los hollow se encargaron de llevársela con vida.”

“El Vigilante nos advirtió,” dijo Sanale con calma, “que quieren sacrificios.”

Ojalá ella hubiera muerto, pensó Tristan, que lo que le tuviera reservado el culto del Ojo Rojo fuera peor. La pobre muchacha. Yong, aunque compasivo, mantuvo la conversación en marcha.

“¿Sabes si lograron cruzar el puente con éxito?” preguntó.

“Sí,” indicó Ferranda. “Nosotros nos mantuvimos a la espera y los observamos. Solo que hubo problemas: sorprendieron a los cultistas que lo protegían, pero la pelea atrajo a la bestia heliodora.”

Tristan parpadeó.

“Entonces, todos ellos están muertos,” dijo lentamente.

“Antes de que llegara a alcanzarlos, la bestia entró en confusión,” precisó la infanzona. “Los cultistas huyeron aterrorizados y el grupo de Inyoni se refugió al norte.”

Yong soltó un silbido bajo.

“Eso suena,” dijo, “como un contrato muy peligroso. ¿Sabes de quién era?”

Sanale negó con la cabeza.

“Estábamos muy lejos,” dijo.

Pero el interés de Tristan había sido capturado por otro detalle.

“La bestia,” dijo, “¿parecía lethárgica?”

¿Sería ese el mismo contrato que le habían utilizado cuando intentaron incriminarlo por el asesinato de Jun? La infanzona se encogió de hombros.

“Como dijo Sanale,” contestó, “estábamos lejos. Solo puedo decirte que, cuando salió de la confusión y no encontró a nadie a su alrededor, entró en una furia descomunal.”

La noble se inclinó hacia adelante.

“Y mientras desataba su furia, agitó la tierra con tal fuerza que colapsó el puente,” dijo Ferranda.

Mierda, pensó Tristan. La apuesta que creía haber hecho realidad no fue más que en... modo inverso: en lugar de que la ausencia de personas cruzando el puente este decimando a los hollow, sería al contrario. Todas las bandas de guerra que patrullaban el puente occidental estarían en camino hacia este lado incluso en ese momento. Mierda, volvió a pensar. No es de extrañar que Villazur estuviera tan ansiosa por aliarse con ellos, incluso habiendo roto claramente con las demás infanzonas. La infanzona sabía que debía cruzar cuanto antes. Cuanto más retrasaran la decisión, más cultistas llegarían.

Pensó que ya no era posible enfrentarse a la pareja, y decidió actuar en consecuencia.

“Cuando la bestia se alejó,” dijo, “¿parecía estar siguiendo a los cultistas que escapaban?”

Ferranda Villazur le apretó los ojos.

“Se movía en la misma dirección que uno de sus grupos,” admitió, luego su rostro se endureció. “¿Quizá piensas en usar extracto de piedra de lodestone?”

Su tono final fue plano, con cierto tono acusatorio. Sin duda, Lan había hablado. La molestia de Ferranda era comprensible: ella había sido de aquellos a quienes su estratagema pretendía quemar, o incluso ya había sido quemada. Pero Tristan, sin vergüenza, sostuvo su mirada de ojos marrones.

—No hay nada de qué temer de mi parte esta vez, Villazur,—respondió él. —Ya no intentas usarnos como cebo.

Había actuado por venganza, eso era cierto, pero también por pragmatismo. Los labios de la infanzona se estrecharon por la ira, pero no discutió el punto. No se debían nada mutuamente y no era a ella a quien iba dirigido el engaño. La espalda de Yong se sostuvo recta y su mirada hacia la noblewoman fue impasible, así que Tristan no carecía de apoyo.

—Airavatan detecta olores,—dijo Sanale de forma tajante.—Podría funcionar.

Los ojos de Tristan se dirigieron hacia el cazador.

—El extracto de piedra imán huele a sangre para los lemures, pero en realidad no es sangre,—dijo con cautela.—¿Eso todavía lo engañaría?

El cazador vaciló y asintió. Tristan habría preferido una mayor certeza, pero intuyó que era lo mejor que podría obtener.

—Entonces, puede que podamos distraerlo,—comentó el ladrón.

—Quizá nos persiga desde allí,—advirtió Ferranda.

—Es mejor tenerlo en un lugar conocido, en lugar de preguntarnos dónde está,—respondió Yong.

—Podríamos intentar atraerlo cerca de los cultistas,—propuso Sarai.—Así se mantendrán ocupados mientras nosotros llegamos al puente.

El ladrón parpadeó, sorprendida por la propuesta. Eso era... audaz, por decir lo menos. Pasó la mano por su cabello, ponderándolo como los demás.

—Eso sería jugar con fuego,—finalizó Tristan.—Si nos atrapan colocando el extracto, si nos vemos envueltos en una pelea con ellos...

Ninguno de ellos había olvidado la masacre de toda la primera oleada de probadores en una situación exactamente así. O que Inyoni y su tripulación probablemente hubieran sufrido el mismo destino si no hubieran tenido un contrato que les permitiera escapar.

—Para que ese plan sea viable, tendríamos que hallar un campamento de Ojo Rojo,—dijo Yong con pragmatismo.—Eso implica salir a buscarlo.

—Debemos hacerlo de todos modos,—puntualizó Ferranda.—No podemos permitirnos entrar a ciegas, no con las fuerzas que nos enfrentan.

Ella tenía razón, pensó Tristan, y era bastante evidente que nadie argumentaba. La conversación se dirigió entonces hacia quiénes serían los que irían. Yong se ofreció, apartando los temores del ladrón acerca de cómo sanaba su hombro. La herida no había desgarrado músculo ni requerido suturas; la ave de los muertos había estado jugando con él, así que el Tianxi insistió en que estaba bien. Ferranda conversó con Sanale lejos del fuego, lo cual sorprendió a Tristan: implicaba que su relación era más matizada que la de una infanzona y su sirviente contratado.

—Iré yo,—dijo Ferranda al regresar.—Solo dos de nosotros serán suficientes; cuanto más, mayor será el riesgo de ser atrapados por una banda de guerra.

Y aparte de Sanale, Tristan pensó que nadie más entre ellos tenía experiencia en bosque. Él era competente en el sigilo, pero incluso la hierba alta, como la del pantano, era incómodamente distinta a las callejuelas y azoteas de Sacramonte. Sin discutirlo, aceptaron que los peligros que se aproximaban calmaban cualquier interés en argumentar, y tras ello, compartieron la noticia con el resto: si Yong y Lady Ferranda traían buenas noticias, intentarían cruzar esa noche.

—

Todos comenzaron a empacar en cuanto la pareja desapareció en el pasaje.

El ánimo era sobrio, incluso Felis guardó silencio. Aunque, por sus hombros relajados, Tristan dedujo que quizás tuviera algo que ver con haberse limpiado de polvo. El ladrón se preguntó qué le habría pedido Lan a cambio. En cuanto a la comerciante Meng-Xiaofan, su sugerencia de dejarla atrás fue rechazada. Ella, al parecer, había convencido a Lady Ferranda de permitirle seguirlos hasta la segunda prueba, tras toparse con la pareja por pura suerte. Tristan no consideraría afortunada a una mujer que había perdido a su hermana días atrás, pero los dioses debieron haberles dado su favor a Lan para que llegara tan lejos.

Eso, o ella había permanecido sentada en silencio en un contrato.

Entre susurros entre ellos, podía admirar lo bien que había jugado sus cartas bastante limitadas. Lan era una luchadora pobre, no mostró ningún contrato y se mostraba abiertamente poco confiable ante el peligro. Sin embargo, con solo su ingenio y una inclinación por husmear en las pertenencias ajenas, había logrado negociar su camino hacia la seguridad una y otra vez. Eso era algo digno de respeto, incluso si él no sentía especial simpatía por la mujer. Respeto y cierta cautela: ninguno de los dos era del tipo de personas que guardaran rencor por las zarpas que se había ensañado en el otro, pero no era prudente olvidar que no eran precisamente amigos.

A unos quince minutos de comenzar a recoger sus pertenencias, Sarai fue a buscarlo. Al principio, conversaban sin importancia, pero él notó que ella vigilaba de cerca lo que otros se acercaban. En cuanto estuvo segura de que nadie podía escucharla, la charla cambió.

“Tenías la intención de usar otra vez el truco del mineral de lodestone,” dijo Sarai en voz baja. “Sobre ellos. Por eso te oponías a que nos aliáramos.”

Era tentador mentir, pero reprimió ese instinto. Ya había mostrado confianza. No podía seguir haciéndolo a ciegas, pero retirarla de golpe sería igualmente insensato.

“Me pareció la estrategia más probable de éxito,” dijo Tristan.

“Era una pérdida de tiempo desde el momento en que lograron que Lan hablara,” respondió ella, sacudiendo la cabeza.

La mujer de cabello oscuro parecía incómoda.

“Pensé que tu enemistad era con el Cerdan,” continuó ella. “No con todos los infanzones.”

El ladrón vaciló de nuevo, pero pudo entender lo que le costaría el silencio en ese momento. Nadie quería tener de aliado a un perro rabioso, y ese odio mortal hacia todos los nobles de Sacromonte podría convertirlo en uno.

“Lo que más deseo es que muera Cozme Aflor,” admitió. “Los hermanos son asunto de cuentas, pagos por una deuda antigua.”

“¿Y Ferranda Villazur?” presionó Sarai.

“Poca cosa tengo contra ella,” encogió de hombros. “Creía que los dos seguirían caminos separados, por eso los consideraba blancos fáciles.”

“Aún te oponías a la alianza cuando la propuse,” apuntó ella.

“Y seguiría en contra, si no hubiera sabido que el otro puente se rompió,” respondió Tristan con sinceridad. “La gente morirá en ese cruce, Sarai. Si tengo opción, prefiero que mueran ellos antes que nosotros.”

Todos los bandidos de la banda de Círculo Rojo que avanzaban a toda velocidad inclinaban las probabilidades en contra de que alguien pudiera colarse, de modo que tener más espadas valía más que una simple distracción. Si la pareja podía ser utilizada con sus armas y otros engaños como distracción, como sugería Sarai, ese plan sería superior. Pero también solo era viable ahora que contaban con rastreadores expertos además de Yong, que estaban fuera buscando campamentos de oscuridades. Enviar solo a un Yong herido, que incluso en ese estado era el mejor combatiente, sería apostar a muy malas probabilidades. Enviar un posible lastre con él sería aún peor. Los ojos azules de Sarai permanecieron fijos en él, y lentamente asintió.

“Bien,” dijo ella.

Quiso decir que era una alianza que valía la pena mantener, aunque no lo expresó exactamente así. Él no diría que se sentía aliviado, pero tampoco podría negarlo.

“Ferranda se separó de los otros nobles antes de que tu truco del lodestone surtiera efecto,” dijo Sarai. “Su plan era subir por la Vía Alta usando un contrato y luego cruzar la isla sin obstáculos, pero no hay forma de saber si los lemures los atacaron primero.”

Tristán casi maldecirse. Por supuesto, los infanzones habían llegado con un plan cómodo que los mantenía completamente fuera de peligro, mientras los demás morían bajo su sombra. La extracción de mena de lodestone perdería gran parte de su olor pasado un día, así que si llegaron hasta el acueducto, ahora estarían a salvo. Sin embargo, no habría certeza hasta la segunda prueba. Y allí tendré que actuar, o podrán escapar antes de la tercera.

“Una razón más para llegar a la Prueba de las Ruinas,” respondió simplemente.

Se aseguró de inclinar la cabeza en señal de agradecimiento, reconociendo que ella probablemente había indagado sobre el destino de los Cerdán en su favor. Ella le sonrió, tocándole levemente el hombro.

“Quizás tengamos suerte y hayan comido al menos a uno de los tres,” dijo ella.

La ladrona le sonrió casi asombrada. No tanto por la idea, sino por cómo lo había expresado: tendremos suerte. No solo él. La promesa implícita allí, sin que ella hubiera preguntado por qué quería que murieran, era... La medida por la medida, así se manejaba Sarai. Le había contado la verdad sobre lo que deseaba, y ella le había ofrecido su ayuda para lograrlo. Había algo terriblemente directo en eso, que terminó por hacerle apartar la mirada. Ella tenía un propósito oculto en esas pruebas, se lo recordó a sí mismo, y había aceptado ello.

Sería peligroso comenzar a confiar demasiado en ella.

Intuía que el ambiente había cambiado, y Sarai se despedía. Tristan quedó solo para terminar de empacar su mochila y reorganizar el mueble roto, de modo que nada saliera al caer. Lo dejó con sus pensamientos, o más bien, sus pensamientos y una cosa más.

“Creo que sería una buena sacerdotisa,” musitó Fortuna. “Debes preguntarle si juega a azar.”

La diosa se recostó teatralmente sobre una piedra plana, su vestido rojo fluyendo elegantemente mientras apoyaba la barbilla en la palma de su mano. Era la imagen misma del ocio imperial, solo faltaban los sirvientes que la abanicarán y le alimentaran uvas.

“Por supuesto,” mintió él.

Sus ojos dorados se ensombrecieron hacia él.

“¿Otra vez haciendo pucheros?” preguntó la diosa. “Sabes, solo es encantador si lo haces de vez en cuando. Si no, es propia de niños pequeños.”

Él rodó los ojos con resignación.

“Solo es inquietud, no pucheros,” dijo Tristan. “Siento...”

Fortuna resopló.

“Sabía que reaccionarías así ante alguien que realmente te gusta,” dijo de manera arrogante. “Todo el entretenimiento que me niegas cuando te apuñalan.”

Tristan se aseguró de que nadie le prestara atención antes de lanzarle una mirada fulminante.

“Estás inventando cosas,” insistió. “Esto no tiene nada que ver con Sarai.”

“Nunca mencioné su nombre,” sonrió la diosa con coquetería.

“Eso se sobreentiende, tu montón de malas decisiones,” le replicó con irritación. “Es este plan, Fortuna, está totalmente equivocado.”

La diosa se incorporó con gracia, cruzando las piernas sobre el borde de la piedra, y su humor cambió tan rápidamente que él no supo si antes había fingido la provocación. Dioses, ella siempre había sido así. A veces le hacía sentirse todavía un muchacho.

“¿Qué es lo que te molesta de esto?” preguntó ella.

Tener que responderle lo obligó a pensar, a examinar sinceramente qué era lo que le molestaba.

“No es el método que prefiero usar,” finalmente dijo Tristan. “Es apenas un plan. Se basa en suposiciones, y aunque funcione a la perfección, será arriesgado y estamos utilizando muy poco el tiempo que tenemos antes de que comience.”

El último, pensó, podría ser el que más iba en contra de la corriente. El robo consistía en esperar el momento oportuno, pero ese momento debía encontrarse. No era una naranja que caía en tu regazo. Se dejaba demasiado al azar y muy poco se hacía para cambiar esto.

“Entonces haz algo al respecto,” Fortuna encogió los hombros, levantándose perezosamente.

La vestido siguió, una estela de sangre deslizándose detrás de la diosa. Ella volvió a desnudarle una sonrisa irónica, paseándose como si no tuviera nada más que decir. La parte que Tristan podría sentir más resentimiento, admitió consigo mismo, era que ella había ayudado. Todavía quedaban horas antes de que se movieran, si intentaban hacerlo esa noche, y él no quería pasarlas sentado junto a su armario roto, preocupado en silencio.

Entonces, ¿qué podía hacer él?

Sus ojos recorrieron la caverna, permaneciendo un instante en el resto de la compañía antes de descartarlos. No sería imposible tramar trucos para fortalecer o debilitar alianzas—Lan y Felis eran palancas fáciles—pero no tendría sentido. Todos querían sobrevivir, eso los mantendría unidos y vigilantes hasta que hubiera un atisbo de seguridad. Los suministros que les quedaban eran alimentos, agua, pólvora y mantas. Ninguno de estos podía usarse de manera particularmente inusual.

Su mirada se detuvo en la puerta tallada del santuario, la gran cadena de siluetas sujetando los pies de quienes estaban delante. Tristan, al fin del día, era un ladrón. ¿Por qué intentaba ser un general o un conspirador? Era mejor que utilizara las habilidades que realmente había aprendido. Primero, para explorar el lugar. Quien lo había construido hacía mucho tiempo que había muerto y sido sepultado, pero esa no era la última vuelta. Sucedió que Tristan tenía a alguien a mano que podía obtener respuestas desde más allá de la tumba.

“Podría tener tantos años como el Primer Imperio,” dijo Francho, acariciando su barba blanca. “No es de la época antediluviana, por supuesto—es demasiado humilde para eso—pero fue construido antes de la Noche Antigua.”

Si dejaba crecer esa barba, no pasaría mucho tiempo antes de tener más pelo en la barbilla que en la cabeza.

“¿Entonces, para qué era?” preguntó Tristan. “¿Para honrar a algún dios?”

“La religión antes de la Ortodoxia era muy improvisada, por lo que podemos deducir,” reflexionó el viejo profesor sin dientes. “El credo universalista de las islas es probablemente lo que más se asemeja a su aspecto original.”

“Y eso significa,” animó el hombre de ojos grises.

Francho parpadeó.

“Los templos a un dios eran poco comunes,” dijo. “Más bien eran lugares sagrados designados, terrenos donde mortales y dioses podían encontrarse y ofrecerse regalos si así lo deseaban.”

“Entonces, todavía podría quedar algún obsequio,” afirmó Tristan. “Siempre que estuviera bien escondido.”

“Este santuario fue abandonado siglos antes de que Sacromonte fuera un pueblo pesquero, niño mío,” dijo Francho con suavidad, su esfuerzo contra la tos evidente. “Si alguna vez hubo algo

valioso aquí, eso hace tiempo que desapareció.”

Pero el anciano pensaba como un historiador, y esa no era la perspectiva correcta en este caso. Esto era el Dominio de las Cosas Perdidas, no un templo reluciente en la Costa de la Torre. La isla siempre había estado llena de huecos y peores cosas, y aunque el templo de arriba había sido saqueado, este santuario era mucho más antiguo. No había estado tan bien escondido como para que los oscuritos no lo hubieran saqueado, pero qué tan duro buscaron realmente. Parecería un lugar pequeño y lúgubre en comparación con el gran templo pintado arriba. Y no era un lugar al que los cazadores de tesoros acudirían, incluso si no fuera territorio de los Guardianes, lo cual lo hacía aún más inaccesible.

“No hay ningún daño en mirar”, dijo Tristan. “¿Existe alguna parte que sea más sagrada que las demás?”

Francho suspiró profundamente.

“La bóveda”, afirmó el anciano. “Los escasos registros que tenemos de aquella época insinúan que en muchas regiones el firmamento de Vesper era temido y venerado por igual”.

Tristan le dio las gracias, mientras el profesor forzaba visiblemente a no rodar los ojos con exasperación. Solo Sanale permanecía dentro del santuario, cuidando las últimas llamas, sin dirigirse más que una breve mirada al ladrón. El interior era tan sencillo como el exterior, aunque el astuto trabajo en piedra intentaba ocultarlo. Los arcos y columnas que sobresalían ligeramente de la pared eran pura fachada, no más útiles como soportes que cualquier otra escultura; y conducían hacia un alto techo curvado que apenas era suficientemente plano para ser considerado una cúpula. Allí, destacaban franjas circulares de piedra, aunque lo que había en ellas se había desgastado por el paso del tiempo o estaba cubierto por la tinta negra del hollín.

En el ápice de esa casi-cúpula, se encontraba un círculo completo con el mismo motivo que el umbral, siluetas que agrupaban los pies de otros, y un orificio en la piedra del tamaño de la cabeza de un hombre. Ascendía, cual tubería, y era la razón por la cual podía encenderse un fuego en un lugar tan reducido como este santuario sin asfixiar a quienes estaban en su interior. En el suelo, yermo de la mayor parte de las reliquias, había tres altares rotos o, al menos así se pensaba: la mayor parte de la piedra había desaparecido, probablemente sustraída por hollows. Los pocos fragmentos que quedaban estaban siendo utilizados por Ferranda y su acompañante para secar sus ropas. Al levantar una camisa bajo la vigilancia atenta de Sanale, aquel reveló que su piedra estaba cubierta de grabados.

Aún con las siluetas,

“¿Qué estás haciendo?”, preguntó Sanale.

El hombre le miraba con el ceño fruncido.

“Rebuscando en el santuario”, respondió Tristan con franqueza.

El cazador consideró esa respuesta y asintió.

“Mucho suerte.”

El ladrón sonrió, y luego volvió a dirigir su mirada hacia arriba. Francho había dicho que la bóveda sería importante, pero incluso sin la recomendación del anciano, Tristan habría comenzado observando allí. Era la parte más difícil de construir, y en su lugar, él habría añadido una o varias alcobas secretas. Escalar no representaba dificultad más allá del esfuerzo que le suponía a sus quemaduras, lo cual le provocaba tragar un siseo para no hacer ruido. Al apoyar un pie contra uno de los pilares, se impulsó para subir y observar la primera franja de piedra que sobresalía del techo. Para su sorpresa, también llevaba la cadena de siluetas. Solo la parte superior, invisible desde abajo, pero el motivo parecía rodear la casi-cúpula del techo.

Ignorando la mirada de Sanale, y también a las personas agrupadas en la entrada del santuario observándolo, el ladrón levantó su pie izquierdo sobre uno de los arcos esculpidos y usó el apalancamiento para ascender más alto. Desde allí, tuvo una vista más clara de las franjas, todas talladas con la cadena en el mismo lugar, y notó un detalle significativo: la forma en que la cadena parecía rodear el techo a través de las franjas, como si latiera en espiral hacia arriba.

“Francho”, llamó.

El anciano se abrió paso tras Lan para entrar en el santuario, luciendo como si no supiera si sentirse impresionado o horrorizado.

—Vas a partir una pierna por el gran premio de polvo—le dijo el profesor.

El ladrón ignoró aquello con la habitual soltura de un hombre entregado a una diosa que no podía ser silenciada.

—Hay un patrón en ello—dijo—. Necesito que mires los grabados afuera, alrededor de la puerta. ¿Hay un principio y un final en la cadena?

Francho suspiró, pero pareció intrigado. Lo más importante fue que inspeccionó los grabados como se le había pedido, regresando con una expresión de sorpresa en el rostro.

—Sí, lo hay—afirmó—. Y el “final” se desliza más allá de la parte superior del umbral, como una línea pequeña, y continúa en el interior como un grabado detrás de una cresta.

—¿A dónde conduce?—preguntó Tristan.

Sus brazos empezaban a entumecerse, pero se mantenía firme.

—Al suelo, y luego a ninguna parte—dijo el anciano—. Sigue siendo un callejón sin salida.

Quizás, ahora, pero ¿siempre fue así? Las baldosas en el templo de arriba habían sido arrancadas del suelo y las paredes, así que quizás también lo había estado aquí. Una parte de la cadena había desaparecido, pero tal vez no toda.

—Los altares—dijo Tristan—. También tienen marcas, mira hacia dónde conducen.

Sanale se mostró lo bastante interesada por el espectáculo para aceptar quitar la ropa que se estaba secando, pero Francho dejó correr la lengua tras rodear y observarlos. La labor, Tristan vio por el rabillo del ojo, había atraído a la mayoría buscando entre la multitud. Algunos estaban emocionados, otros más divertidos.

—Se ha perdido demasiado—comentó el erudito—. Creo que los altares estaban conectados entre sí, y tal vez dirigían hacia la pared trasera. No puedo asegurarlo con lo poco que queda.

La pared trasera era algo que Tristan podía comprender. Desde allí arriba, podía imaginar el ángulo posible y allí había una columna tallada que conducía a un arco que miraba más o menos hacia donde estaban los altares. Moviéndose en esa dirección por la cima de los arcos, se agachó para examinarlo más de cerca. No había rastro de la cadena cerca del suelo, ¡pero ah! Sobre la curva del arco, bajo una capa de polvo que frotó con el pulgar, encontró la cadena tallada. La parte inferior se había desgastado, pero estaba orientada hacia arriba: hacia las primeras tiras de piedra que rodeaban la cúpula.

—La encontré—dijo Tristan con triunfo.

Era exactamente lo que sospechaba: la cadena comenzaba en el exterior, pasaba por los altares y luego subía lentamente hacia el “cielo”, solo para terminar en un destino final: el orificio de humo, que tal vez tuviera un propósito distinto después de todo.

—¿Qué estás buscando exactamente?—preguntó Francho.

—Dijiste que estos santuarios eran para intercambiar regalos—dijo el ladrón—. Y se me ocurre: si la primera silueta está de pie en el suelo y las demás sostienen otro cuerpo, ¿qué sostendrá la última?

El profesor sin dientes no se demoró.

—Podría haber un regalo para los dioses al final—meditó Francho—. Desde un punto de vista simbólico, no carece de sentido.

Lo más difícil era llegar allá arriba, pues la advertencia del anciano no era infundada: si caía de mala forma desde esa altura, algo se rompería. Introducir una mano en el orificio de humo requeriría más acrobacia de la que preferiría: con los pies descansando en la franja más alta, la mano sobre una piedra sobresaliente del techo para amarrarse y, tras ello, lo único que podía hacer era asomarse en la oscuridad de arriba. Empujando con la mano libre, tanteó en busca de algo, cualquier cosa. Parecía un callejón sin salida, solo un agujero que subía hacia arriba, hasta que presionó la espalda y notó que había un poco de juego. No mucho, sin embargo. Inspirado, pasó los dedos cerca de la base de la piedra y encontró una silueta tallada que no ofrecía nada.

Presionándolo contra él, sintió cómo cede una piedra y de repente la pared trasera se desplomó.

¡Tristán gritó, retirando su mano al caer la piedra y dirigirse hacia la sala sagrada! Francho lanzó una maldición cuando estuvo a punto de caerle en la cabeza, pero la atención del ladrón estaba puesta en el compartimento oculto que había revelado. Aunque no podía ver su interior, podía

percibirlo con claridad. Había una especie de lavabo tallado en el fondo, con una pendiente inclinada, pero después de tantear todos los lados, incluso la parte superior del compartimento, Tristán tuvo que admitir que estaba vacío. O los guardianes de aquel lugar se habían llevado su tesoro, o alguien lo había encontrado antes que él. La emoción menguando, el ladrón cuidadosamente descendió.

Aún resbaló, su pie soltándose del apoyo contra el costado de la columna, pero para entonces ya estaba lo suficientemente cerca del suelo para caer sin siquiera un moretón. A pesar de todo, todavía dolió, casi tanto como la sonrisa suave de Francho cuando el ladrón se levantó y se sacudió el polvo.

—Te dije que era poco probable—, dijo el profesor—. Además, ya es impresionante que hayas descubierto el compartimento oculto.

En marcado contraste con el intento de consuelo del anciano, Tristán vio por el rabillo del ojo que la cabeza de Fortuna asomaba por el agujero de humo. Su largo cabello dorado caía como una cortina, y aún así lograba mirarlos con desdén. Como una reina que concede audiencia a vagabundos, pensó Tristán, y fue en ese momento cuando todo encajó.

—La cadena funciona en ambos sentidos—, dijo el ladrón, interrumpiendo lo que Francho estaba diciendo.

El anciano frunció el ceño.

—Perderse en esto no te ayudará en nada—, indicó.

Tristán fijó sus ojos grises en él.

—Lo diste por hecho tú mismo—, respondió—. Los dioses otorgan regalos así como los reciben. Si hubiera algo al final de la cadena, también debería existir algo en su comienzo.

Hubiera estado dispuesto a buscar el primer eslabón de la cadena por su cuenta, pero, a pesar de sus dudas sinceras, Francho lo llevó hasta él. La silueta tallada en pequeño tenía los pies apoyados en el suelo de la caverna, como si estuviera en contacto con él, y al presionar contra ella, no cedió. Soplando sobre la escultura, descubrió que había las más pequeñas fracturas entre aquella silueta inicial y la piedra que la rodeaba. Podría ser obra del tiempo, pensó. Pero tal vez no. Acercándose más, pasó un dedo por debajo de sus pies tallados y volvió con polvo gris en la punta. Más gris que la piedra de la pared de la caverna. A la exclamación de disgusto de alguien, lo probó con la lengua. ¡Ja! Estaba seguro de que conocía ese gris.

—No hay nada—, dijo Francho—. Seguro que puedes ver—.

Tristán sacó su daga, desgastando la silueta tallada hasta que una parte de la pierna izquierda se desprendió. Debajo, apareció piedra de un gris diferente. El viejo tosió con dificultad en su mano, con la respiración entrecortada.

—¿Eso es lo que creo que es?—, preguntó Francho, con su voz aún débil.

—Si estás pensando en "piedra antipodal", entonces sí—, sonrió el ladrón.

Vanesa estaba cerca, con una linterna en mano, y cuando Tristán preguntó, ella se la entregó sin palabras. Abrió el obturador hasta revelar la llama desnuda, y la presionó contra la escultura. La piedra antipodal se considera una de las maravillas de los Antediluvianos, ya que es una piedra que, a diferencia de otras, se contrae al ser calentada en lugar de expandirse. Algunos de los grandes canales de Sacromonte fueron construidos con ella, en tiempos previos a su rareza, por lo que Tristán reconoció su aspecto. No pasó mucho tiempo antes de que estimara que estaría lo suficientemente caliente, la figura carbonizada de la silueta ardiente al tacto, pero sin tanto calor que, con la manga cubriéndole los dedos, no pudiera retirarla. La piedra se soltó al tirarla, revelando otro compartimento, y Tristán sonrió con satisfacción.

“Me equivoqué,” susurró Francho. “La mayor parte en error.”

El ladrón inclinó la linterna para echar un vistazo al interior, y su triunfo floreció al ver que había algún objeto allí dentro. Era lo suficientemente grande como para tener que tantear el interior del compartimento en busca de otro mecanismo, hasta que finalmente descubrió que los lados de la "boca" podían empujarse más allá. Lo que sacó del compartimento parecía un instrumento musical de alguna clase, aunque no uno que conociera. Era más macizo y largo que una lira, y su cuerpo de madera había quedado petrificado hacía mucho tiempo. Lo más extraño, sin embargo, era que en lugar de nudos para siete cuerdas en la barra transversal, ni siquiera había restos rotos de alguna. Tristan lo levantó hacia la luz, sintiendo que algo se movía en su interior al hacerlo.

Ligeramente, y era casi sin peso, pero definitivamente había algo en su interior.

“Eso,” dijo en voz baja Francho, “es una cítara de suplicante.”

Habían atraído a una multitud, todos formando un círculo a su alrededor. El ladrón escondió cómo el número de personas tras él le hacía sentirse incómodo.

“¿Un instrumento musical?” preguntó Tristan.

“Uno destinado solo a las manos de sacerdotes,” explicó el profesor. “Se toca con cuerdas de Gloam, para dirigirse a los dioses con salmos de oración.”

“Entonces, ¿vale mucho?” preguntó Lan, inclinándose más allá de Vanesa.

Varios espectadores dirigieron miradas sorprendidas hacia la cítara tras la pregunta.

“Eso depende de la naturaleza del relicario,” vaciló Francho. “Pero por sí solo, no especialmente, salvo para coleccionistas.”

Se aclaró la garganta con un golpe en la mano.

“Pero en el interior del cuerpo de la cítara habrá una sustancia,” dijo. “Ha sido colocada allí por los sacerdotes que la fabricaron para moldear la naturaleza de las oraciones, acumulando poder con el uso. Eso puede valer una buena cantidad de dinero.”

Tristan levantó una ceja, presionando la cítara en su mano. El profesor lo miró de reojo por un momento, como si se preguntara qué significado podría tener aquello.

“La madera está petrificada,” dijo el ladrón. “Convertida en piedra.”

¿Y no podía Francho escuchar los ecos que yacían en el interior de la piedra? El anciano se mostró sorprendido, y después su rostro se torció en una expresión de concentración mientras apoyaba la palma de su mano sobre la cítara. Temblaba, con el brazo tembloroso, y retiró la mano con un largo suspiro.

“Plumas,” le dijo Francho. “Es plumas en su interior, destinadas a canciones de sueño.”

Y así, cuando Song y Ferranda regresaron, trayendo la noticia de que habían encontrado cultistas y que su grupo intentaría cruzar el puente esa noche, Tristan Abrascal sonreía.

Tenía un plan.